

Para la hora del “Ángelus”.

Sábado, 28/03/2020

Hubo en Israel un profeta, el más perseguido y encarcelado por decir la verdad, llamado Jeremías. Él mismo relata así la conjura de la que fue objeto: “Talemos el árbol en su lozanía —decían sus enemigos—, arranquémosle de la tierra vital, que su nombre no se pronuncie más”. Vivió el preludio de lo que seis siglos después ocurriría con Jesucristo. Ayer comenté cómo Jesús aceptó morir, con la libertad de quien asume ese acto supremo de la existencia para dar vida a otros. Quería haberlo ilustrado con el desenlace de “Gran Torino”, en el que Clint Eastwood, reconciliado con sus vecinos inmigrantes, afronta un gesto supremo de servicio hacia uno de ellos, aunque es consciente de que va a costarle la vida. Me parecía una imagen apropiada para decir que la historia de Jesús sigue siendo actual, pero no me quedó espacio para escribirlo.

Hoy, las lecturas de la Eucaristía continúan planteándonos el drama del profeta incomprendido y perseguido, en la persona de Jeremías y, con más detalle, en la de Cristo. El evangelio de este día (Jn 7, 40-55) relata la discordia surgida entre la gente a propósito de Jesús. ¿Es o no es el Mesías que esperamos?, se preguntaban. Pero los jefes ya habían decidido cuál debía ser la versión oficial y no estaban dispuestos a cambiarla. Cuando preguntaron a los guardias del templo por qué no lo habían detenido, ya que hablaba al pueblo públicamente, éstos contestaron: “Jamás ha hablado nadie como este hombre”. ¿Cómo iban a detenerlo? La reacción de los jefes fue echarles en cara que también ellos se habían dejado embaucar, y con altanería y soberbia argumentaron: “¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que le sigue no entiende de la ley y son unos malditos”. Es la reacción que frecuentemente tiene el poder cuando se contradice su versión oficial.

Sin embargo, un fariseo que formaba parte del consejo fue honesto con su conciencia y recordó a sus colegas: “¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?” Éste fue Nicodemo, quien, después de una conversación en secreto con Jesús, quedó perplejo sobre si no sería el Mesías (más tarde, dio la cara por él para proporcionarle una sepultura digna); pero la sensata advertencia de este hombre honrado obtuvo el desprecio por respuesta: “¿Es que también tú eres galileo?” Y ahí se acabó todo; cada uno se volvió a su casa, donde se sentía cómodo y seguro.

La pandemia también pone a prueba la honestidad de cada cual para buscar la verdad. Ante una situación que a todos nos preocupa, aparecen noticias de todo tipo, pintorescas y alarmantes, que se difunden por la redes como reguero de pólvora, sin que unos se tomen la preocupación de contrastar su veracidad, mientras otros no se deciden a asumir sus errores y descargan las responsabilidades sobre terceros. En estos momentos de zozobra, haríamos bien en buscar la verdad, que nos hace libres, y en ser siempre instrumentos de reconciliación. Pidamos hoy esta gracia con la oración de Francisco de Asís:

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.

Donde haya odio, que yo ponga amor.

Donde haya ofensas, que yo ponga perdón.

Donde haya discordia, que yo ponga unión.

Donde haya error, que yo ponga verdad.

Donde haya duda, que yo ponga fe.

Donde haya desesperanza, que yo ponga esperanza.

Donde haya tinieblas, que yo ponga luz.

Donde haya tristeza, que yo ponga alegría.

Haz que yo no busque tanto

el ser consolado como el consolar,

el ser comprendido como el comprender,

el ser amado como el amar.

Porque dando es como se recibe.

Olvidándose de sí mismo es como se encuentra a sí mismo.

Perdonando es como se obtiene perdón.

Muriendo es como se resucita para la vida eterna.